

SON NOVELA O HISTORIA LOS \$30,000 DE AINCIART.

Critica, mayo 18/34-

BALDOMERO Acosta, ese viejo mambi a quien los años van venciendo y a quien las ingraticudes de sus amigos revolucionarios han vencido mucho más aún, conoce bastante bien la historia de unos treinta mil pesos que en flamantes billetes llevaba cosidos a su ropa el jefe de la policía de Machado, cuando se vió precisado a emprender la fuga desorbitada que terminó con su muerte debajo de un fregadero, en una casucha de Columbia.

Pero Baldomero, después de haber dicho algo, no quiere decir más. De los íntimos de Ainciart, Sampol, su sobrino político, se hizo justicia; Peñaite cayó fusilado frente a la Ermita de los Catalanes, y Souto, encerrado en un mutismo absoluto, niega haber acompañado a su jefe en la fuga, alegando que en el "sálvese el que pueda" del 12 de Agosto, ni él ni Peláez acompañaron a Ainciart en la fuga.

* * *

HAY quien asegura que Ainciart llevaba, al salir de la Jefatura de Policía, una suma que se hace ascender a más de \$30,000, cosida en su ropa, y, hasta ahora, no se ha sabido si los que encontraron su cadáver ocuparon también esa suma o si anteriormente había sido despojado de ella.

Hay una versión — que se atribuye a Baldomero — sobre la intervención de una mujer, de una amiga, en la desaparición del dinero. Se dice que en casa de esa amiga, Ainciart se asiló durante unos días, llegando a creerse ya en salvo.

Pero un día hubo necesidad de realizar un gasto de alguna importancia y fué preciso recurrir a la mina oculta. Los ojos femeninos se fijaron codiciosamente en el grueso paquete de billetes, y un tipo que allí convivía — hermano, primo, pariente o amigo — tuvo noticia de la existencia del dinero.

De allí surgió el chantaje que dió al traste con parte del dinero. Pero, de todos modos, aún quedaba un buen fajo de billetes en el chaleco de Ainciart cuando éste llegó, vestido de mujer, a la casa de Columbia.

Sin embargo, ni en la casita ni en la ropa del cadáver había un solo centavo cuando el Juzgado empezó a actuar.

HAY, en todo el desenvolvimiento de la tragedia de Ainciart, aspectos interesantes que todavía no son conocidos del público. Empecemos por su transformación espiritual. Ainciart fué siempre un hombre amable, aparentemente caballeroso, hasta el día en que escaló la Jefatura de la Policía Nacional y aun en ésta, su primer acto como jefe fué ordenar la disolución inmediata de la tenebrosa "Porra". Pero poco duró esa actitud. A los pocos días ya se había transformado en la "vieja loca" que primero sembró el terror en las filas de la Policía y luego en las calles de La Habana.

Es más, Ainciart presintió su fin. Quince días después de haber sido nombrado Jefe de la Policía, se doía con un amigo — reportero de cierto diario vespertino — de que no hubiera ido a saludarlo y felicitarlo por su designación. El visitante le manifestó que no creía que esa designación en aquella época fuera cosa tan agradable como para una felicitación.

Ainciart asintió con esta frase:

—Tienes razón. Yo sé que este puesto es mi muerte. Mira si es así que mi solitario de brillantes, que tú conoces, del cual nunca me he separado desde que me gradué, se lo he dado a mi mujer, y en su lugar uso este anillo de compromiso. No quiero que me quiten el solitario los que me arrastren por las calles...

En otra oportunidad, hablando con otro amigo, le enseñó un rico puñal damasquinado que nunca le abando-

naba—y que también se ha perdido—asegurándole que con él se daría la muerte antes de caer en manos de la turba. Según nuestro amigo, con ese mismo puñal trató de darle muerte en cierta ocasión al teniente Miguel Angel Rodríguez, en el propio despacho de la Jefatura.

* * *

AINCIART fué a la Jefatura de Policía apadrinado por el doctor Clemente Vázquez Bello. Machado entendía que Ainciart no era el hombre para ese puesto, "porque era muy amable, muy blando y, además, era amigo de media Habana". El doctor Vázquez Bello insistió, haciendo ver la necesidad de desmilitarizar a la Policía, poniendo a su frente a un político, a un hombre de mano izquierda, a un liberal, y al fin Machado accedió, nombró a Ainciart, pero dejó a Carrerá como jefe en comisión, y sólo meses más tarde, cuando Ainciart demostró su "capacidad", Carrerá volvió a las filas y Ainciart fué jefe en propiedad.

* * *

QUE Ainciart fué enloqueciendo al contacto con el poder lo demuestra el plan que sometió a la consideración del doctor Vázquez Bello, quince días antes de la muerte de éste. El Jefe de la Policía confeccionó una lista con treinta nombres de los más destacados "fideles" opositoristas, y aseguró que, en una sola noche, se podía "acabar" con ellos.

El doctor Vázquez Bello rechazó indignado el plan y le preguntó si "estaba loco". Mohino, el jefe político se trasladó entonces al despacho del senador Barreras y le hizo idéntica consulta, recibiendo una respuesta más acre aún. Según nuestro informante—allegado de Barreras—, Ainciart aseguraba con toda seriedad que con esas muertes en masa terminaría de plano el movimiento revolucionario.

* * *

PERSONAS que conocieron íntimamente a Ainciart, nos aseguran que éste, hombre nervioso y, casi seguramente, epiléptico, acabó por enloquecer bajo la influencia de Machado. Gerardo Machado y Morales, que había ido limando su primitivismo de antiguo cuatrero al contacto con la sociedad habanera, en la Presidencia no se cuidaba de ocultar sus impulsos de tigre cada vez que confrontaba alguna dificultad. "¡Mátenlo!" "¡Mátenlos!" "¡Hay que matar!"... era la primera solución que se le ocurría siempre. Cuando expresaba esa opinión o daba ese orden a personas de equilibrio mental, la cosa no tenía trascendencia; pero, en cambio, las consecuencias eran terribles cuando alguna mente débil, enferma, o potencialmente criminal, recogía la sacudida eléctrica de la voluntad homicida.

Hay un hecho característico, absolutamente inédito, que lo demuestra. Todos recuerdan la activa campaña terrorista de los días de Pascua de 1933, que culminó con la muerte horrible dada a los hermanos Valdés Daussá. En esos días, Machado estaba pescando, en alarde de inconsciencia. Cuando el "Juan Bruno Zayas", el crucero de pesca y rumbas, atracó al muelle, algunos personajes de la situación, Ainciart entre ellos, acudieron a recibir al "amo". Ainciart, interrogado, dió cuenta de la situación:

—General: no lo hemos querido molestar telegrafiándole, para que pescara en paz; pero hemos tenido una semana "brava". Bombas en todas partes, hasta en las iglesias; intranquilidad del público, "bolas"... Hemos cogido a los jefes del complot terrorista, unos muchachos hijos del tesorero Valdés León; ellos son Valdés Daussá, y los hemos matado, y al viejo... tenemos en el "Príncipe".

Machado se detuvo, lo miró con ojos fríos, ojos que habían perdido toda expresión, ojos como de pez muerto, los ojos de sus grandes crisis de ferocidad, y con voz pausada en que temblaba su terror, su odio, su crueldad, dijo:

—¿Y por qué no mataron al viejo también?

Dice un testigo presencial que Ainciart bajó la cabeza, se mordió los labios, se dió un fuetazo con el chuco que siempre llevaba...

* * *

LATIGAZOS como ése fueron los que produjeron el plan de "cinco por uno", esbozado en un corredor del Hospital de Columbia, mientras los médicos amortajaban el cadáver acribillado de Clemente Vázquez Bello. Allí, Ainciart impulsó su plan a Zubizarreta, delante de un solo testigo, Leopoldo Fernández Ros. De allí salieron las órdenes para matar a Miguel Angel Aguiar, a Gonzalo Freyre, a Carlos Manuel de la Cruz, a Dolz y a Pedro Cué. Cinco por uno. Se salvaron Cruz, Dolz y Cué; pero, de todos modos, las víctimas fueron más de dos, ya que los hermanos de Freyre cayeron en la emboscada, víctimas de la fatalidad. Ainciart había desenterrado en Columbia el plan de la lista macabra, y Zubizarreta, loco de miedo, había dado verbalmente el "O. K." y fijado la cifra: cinco por uno.

* * *

LEGO el siete de Agosto con su masacre terrífica. Vino el once y, en esa noche, de labios del mismo hijo de Ainciart, oímos la estupenda noticia de que éste había hecho desalojar de mujeres la Jefatura y preparar las ametralladoras "para pelear con los americanos".

Al día siguiente, ya en loca desbandada, Ainciart abandonó su feudo en la máquina blindada, acompañado de un grupo de sus hombres de confianza. Personas de cuya seriedad no podemos dudar, nos ase-

guran que lo acompañaban Tito Sampol, Souto y Peñate, además de otros que nuestros informantes no conocen. Después de esa partida se perdió la pista de la pandilla.

Antes, sin embargo, habló por teléfono con Fors, preguntándole sobre las posibilidades de marcharse en un barco. El jefe de la Judicial no quiso participar en la empresa y le dijo que hiciese lo que tuviera a bien.

* * *

DASARON días y, en diversos lugares de la ciudad, se vió la máquina blindada que hacía fuego cuando alguien intentaba detenerla. ¿Iba Ainciart en ella, o se había ocultado ya en la casa de la amante misteriosa? Souto debe saberlo, pero Souto no habla.

El día 15 de Agosto, una gasolinera cruzaba, en forma misteriosa, frente a la desembocadura del río Almendares; se detenía, volvía a arrancar... Alguien dió la confidencia de que estaba esperando a Ainciart, y se dispuso una vigilancia especial, que fracasó por precipitación de un grupo de marineros que detuvo la lancha antes de tiempo. Los marineros que la tripulaban no pudieron justificar su estancia allí, pero nada confesaron sobre sus planes. Minutos después llegaba al puente de "Pote" una máquina cerrada, cuyos ocupantes, al oír la voz de alto, respondieron con una descarga, huyendo a toda velocidad. ¿Iba Ainciart en ella?

* * *

EL día 18, el comandante de la plaza, Erasmo Delgado, hizo publicar una nota ofreciendo \$500 por la captura o alguna información que sirviera para capturar al perseguido ex jefe de la policía. ¿Qué



pensaría Ainciart al ver que se utilizaban con él los mismos sistemas por él inaugurados, de cebo a la codicia de los denunciantes? ¿Cómo serían las últimas noches del hombre que, aun en la cumbre del poder, en el reducto fortificado de la Jefatura de Policía, entre ametralladoras y "hombres buenos", pasaba insomne las horas de la madrugada, paseándose por los pasillos, envuelto el cuerpo desmedrado en una bata y la cabeza en un gran paliacate de seda, atavío que le valió de sus mismos compañeros el mote de "vieja loca"?

Si bajo algún cráneo hubo estallidos de tempestad; si alguna mente se entenebreció de terror al recuerdo de sus víctimas; si es cierto que la sangre de los sacrificados pone rojas cortinas de fuego ante los ojos de los asesinos, horribles han de haber sido las noches de la hiena acorralada y fugitiva.

De todos modos, ha de haber pensado en sus días de político popular, en sus vigiliadas de hombre estudioso que quiso ser abogado cuando ya tenía más de cuarenta años y lo logró, a pesar de que entonces imperaba un régimen político que le era adverso, debe de haber pensado en la esposa, que había ido a pedir piedad para él al pie del sepulcro de Pedro, a la majestad del Papa... Y esos pensamientos han de haber llenado de acibar sus últimas horas de fugitivo, de fiera acorralada, de condenado a la muerte por arrastre, la más horrenda de todas.

* * *

EL día 19 fué tomada por una mestiza, que probablemente era un hombre vestido de mujer, una habitación en la casa Lanuza número 20, entre A y Primera, en el Reparto Almendares. La mujer de referencia pagó los ocho pesos adelantados, y compró dos camas de las llamadas "colombinas" y alguna ropa para ella.

Por la noche, una máquina cerrada se acercó a la casa y, de ella, dos

individuos, uno blanco y otro mestizo — Souto y Peñate — extrajeron a una persona envuelta en una capa de agua, diciendo que era un enfermo. Varios de los vecinos vieron bajo la capa de agua un pantalón blanco. Era Ainciart que llegaba a su postrer refugio.

* * *

AL otro día sucedió lo ya sabido. El vecino Marcial Moure, que celebraba en su casa el bautizo de un niño, habló de los nuevos sospechosos vecinos a los jóvenes Santiago Segura Baluja y José Plaza Rodríguez, vecinos de Lealtad número 288; dió las características del hombre blanco, gordito, con una gorra negra, que rehuía la mirada de todos y que había comprado un periódico dando veinte centavos por él y sin reclamar el vuelto. Comentó la actitud sospechosa del mulato que hacía las compras en la bodega, y los jóvenes pensaron que se trataba de alguno de los machadistas fugitivos.

En seguida fueron al campo de aviación, y pusieron el caso en conocimiento de los tenientes Torres de Navarra y Ciro Leonard. Ambos, con el sargento — hoy capitán — Belisario Hernández, el cabo Wenceslao Alvarez — cuya graduación actual ignoramos — y los soldados Bernabé García y Rafael Barrios, llegaron a la casa de la calle Lanuza. Torres de Navarra dirigió la operación. Rodearon la habitación, llamaron, sonó un tiro, entraron y hallaron a Ainciart agonizando.

Llegó después Boffill y, por su orden, los tenientes Coto y Birbatúa se llevaron en un "pisa y corre" militar, cubierto con una lona, el cuerpo que algunos querían arrastrar por las calles, como más tarde se hizo, después de haberlo desenterrado. En el hospital de Columbia lo inspeccionó el capitán Vinajeras.

* * *

¿QUE se ocupó al cadáver o en torno de él? Además del revólver Colt, calibre 38, con una cápsula disparada y cinco sin disparar, y del peine de la pistola 45, hallado sobre la cama, dos pantalones, dos sacos, algunas latas de sardinas, café, un colador y una

toalla; nada digno de mención.

Ainciart vestía un traje pobre: pantalón de crash, camisa azul, zapatos de tenis.

De valor no se ocuparon más que los siguientes objetos: una botonadura de oro para calzoncillos, con su monograma: A. A. R.; un anillo de oro con iguales tetras; unas ligas con hebillas de oro y un reloj de oro.

¿Dinero? Ni el acta militar, ni la civil, ni los periódicos, ni nadie dice una palabra. Y aquí está la interrogación: ¿Cabe en lo posible que Ainciart huyera sin dinero? ¿Puede pensarse que todo el que tuviera lo entregara a sus acompañantes?

E insiste la interrogación: ¿Tenía Ainciart encima los miles de pesos que sacó de la Jefatura? Si no los tenía al hacerse justicia por su mano, ¿dónde los dejó? Y si los tenía, ¿quién se apropió de ellos?

*critica
mayo 18/34*